

En busca del auténtico Adam Smith

Barry James publica el siguiente artículo en el "Herald Tribune" de 17 de Julio.

El Dr. Johnson le llamó "un perro bobo" ("a dull dog"). Y en su cualidad de primer ejercitante sistemático de la ciencia lúgubre de la economía, Adam Smith -que murió hace ahora doscientos años- ha llegado al siglo XX como la personificación misma del capitalismo salvaje ("dog-eat-dog capitalism").

Con la mitad de Europa quitándose urgentemente de encima el comunismo y lanzándose en brazos del libre mercado, las ideas de Smith están muy de moda. Pero lo cierto es que este no fué en absoluto un apologista de la libertad de cada uno de hacer lo que quisiera ("unregulated business"); y lejos de defender los intereses de la clase mercantil ("merchant class"), Smith entendió que las concesiones que se hicieran a la misma resultarían perjudiciales para el interés general.

Smith dijo que los hombres de negocio y los fabricantes ("business men and manufacturers") -lo que hoy se llamaría la clase capitalista- son un tipo de individuos "a los que puede interesar engañar, e incluso oprimir, al público, y que en muchas ocasiones han hecho una y otra cosa".

"Gentes de la misma profesión se reúnen en vez en cuando, incluso para su diversión y entretenimiento", escribió Smith en una de sus sentencias famosas, "pero estos contactos suelen conducir a conspiraciones contra el público o a maquinaciones para elevar los precios".

En las 900 páginas de su "Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations", publicado por cierto el año de la independencia de Estados Unidos, Smith exaltó "la mano invisible" que, dejada sola, regula el comercio y los mercados en general, y esto en provecho del bien común. Smith creía que cuando un hombre dispone de la libertad de elegir lo que mejor

conviene a su propio interés, "frecuentemente promueve con mayor eficacia el interés de la sociedad que cuando realmente se lo propone".

Las leyes, por consiguiente, según Smith, deberían simplemente garantizar que "cada hombre, en tanto en cuanto no viole las normas de la justicia, disponga de la libertad de perseguir su propio interés de la forma que crea más oportuno, y de poner sus capacidades y su capital en competencia con los de cualquier otro hombre o grupo de hombres".

Smith fué un filósofo más que un economista en el sentido moderno de esta palabra; y un hombre práctico más que un ideólogo. Al igual que el filósofo David Hume, su gran amigo y también miembro del llamado Scottish Enlightenment, Smith se consideraba un investigador de la naturaleza humana. "La Riqueza de las Naciones" no fué un libro de economía, sino una descripción del comportamiento de la sociedad humana, así como de las fuerzas -hasta entonces poco identificadas- que estaban forzando el paso del feudalismo al capitalismo.

Escrito para gente con unos conocimientos de economía menores que los de la mayoría de los lectores de periódicos de hoy, el libro "La Riqueza de las Naciones", un "best seller" de la época, no es ni una obra técnica ni resulta muy difícil de leer.

Smith no fué un admirador de un sistema que llevó a la concentración de la riqueza y de la influencia, y advirtió que "ninguna sociedad puede florecer y ser feliz si la gran mayoría de sus gentes son pobres y miserables", advertencia que se olvidó cuando las ideas de Smith fueron citadas en defensa de los grandes males de la sociedad industrial de la Gran Bretaña victoriana.

Smith creía que la riqueza, en último término, depende de la división del trabajo. Un hombre trabajando solo apenas podría producir un alfiler al día, decía. Diez hombres que unieran sus esfuerzos y de los cuales cada uno llevara a cabo una tarea especializada podrían, contando con la maquinaria adecuada, producir 48.000.

Pero Smith reconoció los efectos negativos del trabajo en cadenas de producción. Para asegurar que los hombres preservaran su dignidad, Smith propugnó la educación generalizada muchísimo antes de que Gran Bretaña extendiera la educación primaria a la gran masa de su población.

Smith sostuvo que los gobiernos tenían la obligación de compensar los efectos del progreso económico asumiendo responsabilidades para la realización de actividades culturales, independientemente de que estas estuvieran o no justificadas desde el punto de vista de la economía. Las consideraciones económicas, a su juicio, habían de ser concebidas en un marco ético. Smith no fué un apologista de la limitación de los medios públicos y de la ostentación privada que frecuentemente caracterizan a las sociedades capitalistas modernas.

Smith veía con desconfianza la mayoría de las restricciones al comercio, que consideraba como una conspiración de un grupo dentro de la comunidad -generalmente los comerciantes- para engañar al resto. Esto constituyó en primer término un ataque contra el sistema mercantilista predominante en el siglo XVIII, que propugnaba unos aranceles protectores, los monopolios mercantiles y otras medidas que hicieran posible un exceso de las exportaciones sobre las importaciones y la acumulación de metales preciosos como base fundamental de la riqueza de un país. Según Smith, tal sistema resultaba perjudicial para la clase pobre trabajadora, tanto consumidora como productora, y fué utilizado por la clase mercantil como un instrumento para mantener bajos los salarios.

"No ha de ser muy difícil determinar quienes han sido los inventores de todo este sistema mercantilista. No los consumidores, cuyos intereses no han sido tenidos en cuenta, sino los productores, cuyos intereses han resultado tan bien atendidos; y, entre estos últimos, nuestros comerciantes y nuestros industriales ("manufacturers"). Estos han sido los principales arquitectos de tal sistema".

Al propugnar la liberalización del comercio Smith dijo que

"es una máxima de todo jefe de familia prudente no hacer nunca en casa lo que ha de costarle más fabricarlo que comprarlo".

Su ideal era hacer que países tales como Inglaterra y Francia dejaran de ser rivales, y a veces enemigos, para convertirse en socios comerciales complementarios. El comercio entre dichos países, añadía, sería "por lo menos tres veces más ventajoso que el tan ponderado comercio con nuestras colonias de Norteamérica".

Una ironía, frecuentemente olvidada, en medio de toda esta historia es que Smith fué designado en 1778 para ocupar un lucrativo cargo en las aduanas de Escocia, por lo que se convirtió en el responsable de hacer respetar el sistema que tan severamente había juzgado.

Smith fué un hombre reservado, más bien torpe, distraído, enormemente honesto y, con la excepción del Dr. Johnson, apenas tuvo enemigos. Educado en Oxford, en gran parte un autodidacta, enseñó filosofía moral en Glasgow, convirtiendo su cátedra, según le acusó "The Times" en un comentario necrológico, en un centro en el que se enseñaba comercio y finanzas. En 1759 publicó un libro sobre ética titulado "Theory of Moral Sentiments", el cual le dió fama y le proporcionó un empleo como tutor del Duque de Buccleuch, lo que le supuso poder contar con los ingresos y con el tiempo necesarios para escribir su obra maestra, y disponer de la oportunidad de visitar París y de contactar "les philosophes". Al igual que estos, Smith sintetizó la Ilustración, con su realismo, con su respeto por el pasado clásico y por su fe en el progreso humano.

A pesar del notable buen sentido de la mayoría de los escritos de Smith, su escepticismo sobre el estamento mercantil y su creencia de que la mayor virtud de la vida era la de trabajar por conseguir la mayor felicidad para el mayor número de gentes le convirtieron en una especie de "bête noire" para todos los que se horrorizaron por los efectos inhumanos de la Revolución Industrial.

Como consecuencia de haber sido con frecuencia citado

fuera de contexto, tanto en el siglo XIX como ahora, Smith fué contemplado como el frío e insensible arquitecto de un sistema inhumano. Marx lo identificó con lo que en el capitalismo hay de más opresivo y voraz, si bien reconoció que su teoría sobre la creación de riqueza había sido "un inmenso paso adelante" para salir del feudalismo.

Ruskin le atacó como el escocés tosco y mediocre que enseñó esta deliberada blasfemia: "Odiarás al Señor tu Dios, aborrecerás sus leyes y codiciarás el bien de tu prójimo".

Y fué pensando en Smith cómo Carlyle fué el primero en llamar a la economía la "ciencia lúgubre".
